

Políticas económicas, transnacionalización e integración regional*

**Marta Bekerman, Daniel Chudnovsky,
Roberto Lavagna, Jaime Marques Pereyra,
Pierre Salama**

*Marta Bekerman***

Dada la temática de la mesa, me voy a referir a los éxitos y limitaciones del Mercosur, y al rol de la política industrial dentro de este contexto.

La idea central de la exposición es que el Mercosur muestra un avance muy importante en materia de crecimiento del comercio intrarregional, pero no muestra un similar grado de éxito en cuanto a una estrategia exportadora para los países de la región, ni una mejora en la especialización comercial con terceros mercados. Y dentro de esta situación del Mercosur también se evidencia que la Argentina no está utilizando todas sus posibilidades potenciales para desarrollar nuevas ventajas comparativas a la luz de las oportunidades que ofrece la ampliación del mercado, y no las está desarrollando, básicamente por tres razones: por la falta de una estrategia industrial en un contexto de reformas estructurales con características particulares; por una mayor actividad en esa materia por parte del Brasil; y por una falta de coordinación de políticas por parte de los socios del Mercosur en este tema.

El Mercosur muestra, entonces, avances muy importantes en materia de comercio; la unión aduanera avanzó muy rápidamente y generó un aumento muy considerable en el comercio intrarregional. Las exportaciones se multiplicaron por tres en el período 90-95. Y no sólo el comercio mostró crecimiento sino que hubo un aumento en las inversiones directas, en la co-operación interempresarial, en los flujos de información; un proceso de compra de paquetes accionarios, *joint ventures* entre empresas, etcétera.

Sin embargo, las exportaciones al resto del mundo no avanzaron tanto como las intrarregionales. Por ejemplo, en el período 85-94 las exportaciones

* Mesa redonda final del seminario internacional Procesos de Integración y Bloques Regionales. Historia, Economía y Política, realizada el día 12 de septiembre de 1997 en la Facultad de Ciencias Económicas-UBA.

** Centro de Estudios de la Estructura Económica, CENES, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.

del Mercosur al mundo aumentaron en un 80%, mientras que en ese mismo período las exportaciones intrazonales se multiplicaron por 6. Este aumento del comercio intrarregional no viene acompañado por la consolidación de una estrategia exportadora hacia terceros mercados.

El éxito comercial del Mercosur provocó, sin embargo, reacciones en los países del Norte, como es el caso del economista Yeats del Banco Mundial, que llegó a plantear que lo que se está expandiendo en el comercio intra Mercosur no son productos en los que estos países tengan ventajas comparativas en terceros mercados.

A partir de allí Yeats dice que se está generando un desvío de comercio, y que esto es negativo tanto para los países miembros del Mercosur, como para los países no miembros. Aclara, sin embargo, que no se refiere a los aspectos dinámicos del Mercosur, sino a los estáticos, y esto no es un pequeño detalle, porque lo que a nosotros nos interesa desde el punto de vista del desarrollo de ventajas comparativas dinámicas es justamente que la ampliación del mercado pueda generar nuevas ventajas comparativas a nivel intrarregional y que luego pueda expandirse a terceros mercados.

De todas maneras, una de las preocupaciones de ese economista es el aumento de la interdependencia entre los países de la región y en detrimento de sus relaciones con el NAFTA. Ésta es una preocupación que se debe al éxito del Mercosur en cuanto a la expansión del comercio intrarregional.

Yo decía que hay una falta de estrategia industrial en la Argentina, pero es necesario definir qué es política industrial, porque cada vez que hablamos del tema nos encontramos, a partir de las experiencias de la sustitución de importaciones del pasado y de los embates neoliberales, con la idea de que la política industrial es simplemente dar subsidios para generar el desarrollo de sectores ineficientes. Podemos plantear que la política industrial en el contexto actual de globalización está ligada a la necesidad de realizar una reconversión eficiente de los sectores existentes y desarrollar nuevas ventajas comparativas.

El tema de las políticas industriales cobra un papel muy especial en este momento en América Latina porque tenemos un problema de déficit externo, que emerge nuevamente en el caso de las economías de Argentina y Brasil. Sobre esto se plantea que el problema es básicamente de falta de ahorro interno que está siendo suplementado por el ahorro externo que permite los déficit comerciales.

Pero ¿cómo fue tomado el tema de los déficit externos en nuestros países? Al principio, con mucho optimismo: si tenemos un déficit en cuenta corriente y préstamos, y nos endeudamos esto es muy bueno; porque quiere decir que nuestras políticas son excelentes y los bancos o los acreedores externos nos están prestando. Ésta fue la primera reacción, pero después comenzó a haber cierta preocupación, sobre todo luego del Tequila. Entonces se dijo que había que aumentar el ahorro, y para ello era menester bajar el consumo y generar una recesión, porque ésa era la única forma de reducir las importaciones; concretamente, desempleo, que fue lo que pasó en la Argentina luego de la crisis del Tequila. Ésta es la respuesta que se encuentra entre los economistas

más ortodoxos; en pocas palabras, crecer menos, reducir las tasas de crecimiento.

Creo que hay otra salida, que es el aumento de las exportaciones. En lugar de achicar la economía, ampliarla mejorando el saldo de la balanza comercial. Pero es una alternativa que está ligada a los precios relativos. El déficit externo puede tener una salida por medio de una recesión, o introduciendo cambios en los precios relativos. Aquí surge la discusión, si hay que devaluar o no. Pero si suponemos que la devaluación es muy difícil en la Argentina por la memoria hiperinflacionaria, aparece la necesidad de cambiar los precios relativos por medio de otros mecanismos.

Estos mecanismos se tendrían que haber puesto en práctica desde el primer día del Plan de Convertibilidad, porque generalmente constituyen una estrategia a largo plazo, como el aumento de la productividad, la capacidad tecnológica, etcétera.

Tanto el caso de la Argentina, como el del Brasil muestran que este tema no puede dejarse de lado. En la Argentina en el primer semestre de este año las importaciones han aumentado a una tasa del 30%, mientras las exportaciones lo hicieron a una tasa del 10% y en los últimos tiempos éstas están estancadas por el impacto de las sequías que traban la producción de las oleaginosas y del algodón.

En este contexto, la política industrial abocada a lograr una reconversión eficiente y al desarrollo de nuevas ventajas comparativas tiene un papel muy importante. Y esto se relaciona además con el tipo de apertura que llevó adelante la Argentina y también el Brasil, en función de la restricción de instrumentos macroeconómicos. Son países que no tienen instrumentos económicos básicos como la posibilidad de devaluar, o el manejo de la política monetaria. Esa apertura se dio además con fallas de mercado muy pronunciadas, como las ligadas a problemas de financiamiento, de información, de movilidad de factores. Sin embargo, la apertura en la Argentina no fue gradual. (La protección promedio en 1989 era del 30%, en 1991 era del 12%.) Es una apertura muy abrupta, que no tomó en cuenta los problemas señalados. Y además de ser abrupta no se apoyó en políticas de desarrollo de la competitividad.

Lo que vemos en general, desde el momento de la apertura es la poca extensión de ciertos instrumentos claves de desarrollo de la competitividad, como el desarrollo de la capacidad tecnológica, de créditos, sobre todo para las empresas que más sufren esta imperfección del mercado, que son las pequeñas y medianas industrias, de políticas regionales. Aparecen enunciadas algunas medidas, como el plan trienal de apoyo a las Pymes, pero todos sabemos que estas medidas no se instrumentaron a fondo.

Hubo además también un diseño erróneo de otros instrumentos, como el régimen de especialización industrial, que apuntó a incentivar exportaciones marginales a partir de bajar tarifas de importaciones y el régimen de bienes de capital, que tiene un costo fiscal muy alto, el cual se podría haber aplicado a otras medidas alternativas.

De cualquier manera, estos instrumentos, que tuvieron un diseño erróneo,

fueron desactivados cuando asumió en la cartera de Economía Roque Fernández, que dio prioridad al tema fiscal.

Es en la industria automotriz donde advertimos medidas de política industrial importantes y donde se da la mayor disputa con Brasil. Nosotros planteamos en un estudio que hicimos con Pablo Sirlin y que él presentó en este seminario, que se ha dado un proceso de primarización en el comercio exterior argentino. A partir de la apertura se hicieron más fuertes sus ventajas comparativas en productos primarios y en manufacturas de origen agropecuario y se hicieron también más fuertes sus desventajas comparativas en cuanto a las manufacturas de origen industrial. Esto se da tanto en la relación con el resto del mundo, como en la relación con Brasil; aun dentro del proceso de integración se produjo una primarización del comercio. También hay un gran aumento de ventajas comparativas en la exportación de petróleo en la relación comercial con el Brasil.

Esta situación no está aislada de las diferencias que existen en los criterios de las políticas. Sabemos que el Brasil también está teniendo problemas en sus patrones de especialización con el resto del mundo, y que tampoco puede consolidar sus exportaciones. Pero, evidentemente, existen diferencias estratégicas en materia de política industrial.

En principio, hay diferencias en cuanto a las políticas macroeconómicas. El Brasil no ha renunciado a tener un esquema cambiario más flexible, en cambio en la Argentina estamos todos asustadísimos en relación con el tema. Un experto internacional aconsejaba al Brasil que devalúe en forma gradual, lo cual sería para la Argentina menos traumático que una fuerte devaluación, ya que en última instancia iría revirtiendo una situación en donde, por problemas macroeconómicos y de tipo de cambio, la Argentina ha encontrado un atenuante a su déficit externo a partir de las exportaciones al Brasil.

El Brasil ha demostrado una actitud mucho más clara para recurrir a los instrumentos de política comercial, mejoró muchísimo el sistema de financiamiento de exportaciones; ha tenido la decisión de recurrir a distintos tipos de instrumentos para resolver su problema externo.

Lo más importante es el tema estratégico. Se considera que en el Brasil existen sectores estratégicos, a diferencia de la Argentina. Por ejemplo, el sector de bienes de capital. El Brasil, al igual que la Argentina incentivó la compra de bienes de capital, para mejorar la productividad, pero pensando en el desarrollo de una industria de bienes de capital nacional. Existen créditos especiales para la compra de bienes de capital de origen nacional. Brasil tiene clara la idea de mantener su industria de bienes de capital.

También la informática es un sector estratégico para Brasil. Tradicionalmente otorgó un fuerte subsidio a la industria informática, que ha ido levantando gradualmente, pero siguen existiendo deducciones impositivas para investigación y desarrollo, preferencias en compras públicas, núcleos de desarrollo de software, etcétera.

En el caso de la industria automotriz los dos países decidieron su desarrollo, pero creo que hay diferencias importantes en cuanto a la estructura que se vislumbra para este sector. Brasil otorga muchos incentivos

fiscales para que se instalen industrias en su territorio, pero a la vez exige el desarrollo de las redes de proveedores de autopartes. Éste es un tema clave, porque la industria automotriz como armadura tiene un significado, y la industria automotriz como generadora del desarrollo de proveedores tiene un significado completamente diferente.

Tenemos que apuntar al tema de la política industrial regional, y en este terreno se nos plantea el problema de la convergencia de las diferentes regulaciones. Si existen diferentes regulaciones hay asimetrías, hay una generación de competitividad por razones artificiales, o juegos de suma cero, donde se beneficia un país y pierde el otro, por ejemplo, en la disputa por inversiones. Esta convergencia es fundamental para que no sea el sector privado el que finalmente se beneficie gracias a los altos costos fiscales de cualquiera de los dos países. Esto fundamentalmente se basa en la existencia de incentivos diferenciales a sectores o en la atracción de la inversión extranjera directa.

Pero no sólo es la convergencia, sino que también es necesaria la coordinación de aquellas políticas que puedan beneficiar a todos los países. Por ejemplo, en procesos de reconversión sería importante llevar a cabo acuerdos de coordinación de políticas para que sean menos costosas en términos sociales y económicos; o en el desarrollo de nuevas inversiones para aumentar la competitividad de la región con respecto al resto del mundo. Otro aspecto a coordinar, es el desarrollo de las distintas infraestructuras como las del transporte, y de la información.

Es decir que desde el punto de vista regional necesitamos dos elementos para la política industrial: convergencia de aquellas regulaciones que generen asimetrías y coordinación de políticas que puedan favorecer a todos los países.

Quisiera finalizar señalando nuevamente los avances del Mercosur en el terreno comercial, a los que habría que sumarle un enfoque estratégico del desarrollo regional aprovechando las ventajas derivadas del mercado ampliado. Todo esto teniendo en cuenta que en cualquier momento puede haber una reversión en el comportamiento de los flujos financieros internacionales.

*Daniel Chudnovsky**

Dentro de este campo tan vasto que nos reúne me voy a referir al tema de la transnacionalización y el papel que juegan las empresas transnacionales en el caso del Mercosur en los años noventa.

Las empresas transnacionales han sido, en el caso de América Latina y en particular en Brasil y Argentina, actores muy significativos desde fines del siglo pasado. Pero si tomamos en cuenta la historia reciente, lo han sido dentro de lo que se ha llamado la "etapa difícil de la industrialización

* Centro de Investigaciones para la Transformación, Buenos Aires.

sustitutiva de importaciones”; en el caso brasileño desde Kubitscheck, en el caso argentino desde la presidencia de Frondizi en adelante. Es difícil entender la dinámica del proceso de transformación industrial de nuestros países sin analizar lo que pasaba en aquel momento. En los años setenta se desarrollaron numerosos trabajos de científicos sociales, cientistas políticos, incluso del actual presidente del Brasil, sobre el papel que desempeñó el capitalismo dependiente y asociado.

En esa época la inversión extranjera fluía abundantemente hacia nuestros países, las empresas transnacionales eran actores líderes en la constitución de nuevos sectores industriales. En Brasil, sobre todo se discutió mucho el papel de estos actores en la industrialización brasileña. En la Argentina también, aunque el debate fue menos vivaz y más ideológico que en el caso brasileño.

Este tema perdió importancia en los años ochenta, porque los flujos de inversión hacia la región decayeron significativamente con la crisis de la Deuda y el estancamiento económico, y tanto la Argentina como el Brasil, a diferencia de los países asiáticos, prácticamente desaparecen de los flujos internacionales de inversión directa, que se concentra esencialmente entre los miembros de la Tríada.

En los noventa la situación cambia dramáticamente.

En una primera etapa, del '90 al '93, los flujos hacia Argentina estuvieron asociados a las privatizaciones. El caso argentino es único en América Latina; se le dio un papel muy importante a las empresas extranjeras en el proceso de privatización, lo que no ocurrió en Chile, y en menor medida en México.

Hay una segunda etapa, del '93 al '96, efecto Tequila de por medio, donde se puede observar una fase distinta de las inversiones extranjeras en la cual las privatizaciones pesan mucho menos y hay inversiones en sectores transables y otros. El *boom* de la inversión extranjera en la Argentina sigue siendo muy fuerte, en 1996 llegó a 4.800 millones de dólares, guarismo récord en nuestro país.

En el Brasil el flujo de inversión extranjera directa se retrasó respecto al caso argentino. La situación macroeconómica, la inquietud sobre ciertas reformas estructurales hizo que recibiera menos inversión que en los ochenta, pero en el '94, '95 y '96 se produjo un *boom* espectacular. Las inversiones en 1996 llegaron a 9.500 millones de dólares y se prevé que este año rondarían los 15.000 millones de dólares.

Detrás de estos flujos de inversión hay viejos y nuevos actores. Están muchas de las empresas transnacionales radicadas en nuestros países desde hace mucho tiempo, algunas desde principios de siglo y otras desde las décadas de los cincuenta y los sesenta, pero también hay muchos nuevos actores. Hay muchas empresas que han aparecido como recién llegadas a la región y que no tenían casi contacto con América Latina. En la Argentina aparecen ligadas a las privatizaciones, incluso casos curiosos como empresas estatales francesas y españolas que se han presentado como inversores privados, es decir que actuaron como empresas privadas en la periferia antes de serlo en el centro; inversores chilenos —muy importantes en la Argentina,

aunque todavía no lo son en Brasil—. Y un enorme peso de los grandes inversores norteamericanos y europeos, y menor de los inversores japoneses, que todavía están rezagados.

En lo que respecta a los inversores que vienen a hacer negocios de largo plazo en la región, es muy importante tratar de desentrañar sus motivaciones y cuál es el impacto de lo que está ocurriendo, si es distinto o no al pasado, y cuánto pesa el Mercosur en todo esto. Este es un tema muy importante de investigación, y los que nos interesamos por el tema vamos a tener muchísimo material para trabajar, ya que es fundamental para pensar en qué medida esto contribuye o no al desarrollo de nuestros países, cuánto del viejo debate sobre la inversión extranjera se va a reproducir o no.

Sobre estos temas tengo algunas comprobaciones empíricas de las investigaciones que estamos haciendo, y muchas más conjeturas e interrogantes, pero creo que vale la pena que las socialicemos.

En primer lugar, en la Argentina, el proceso de inversión extranjera en los '90 aparece mucho más asentado que en el Brasil, donde es más reciente, por lo que me voy a referir más a la Argentina, aunque en un estudio comparativo hemos encontrado que en el último período, 1995-1996, hay muchas más similitudes entre los dos países de lo que habíamos esperado, por lo cual, algunos aspectos serían también extrapolables al Brasil.

En el período 1990-1993, señalamos que la fuerte inversión extranjera en la Argentina estuvo ligada sobre todo al proceso de privatizaciones. En este caso había una cláusula implícita que hacía imprescindible que un operador internacional manejara las privatizaciones. No hubo intento de favorecer a los grupos nacionales en las privatizaciones del sector público. Éstos participaron en los consorcios pero en un rol relativamente subordinado respecto de los inversores internacionales. Electricité de France tiene un rol privilegiado en una empresa eléctrica de Buenos Aires, y no lo tiene, en cambio, su socio local. Esto se produjo por la enorme desconfianza del gobierno argentino hacia los propios operadores estatales y también a su propia burguesía nacional.

Los operadores internacionales han pasado a tener un rol privilegiado en las privatizaciones y la suerte y el impacto de las mismas dependen mucho de los marcos regulatorios y las condiciones en las que se hicieron. De todas maneras, en algunos estudios que hicimos, lo que se observaba de parte de los inversores extranjeros en sectores muy tradicionales como la electricidad, el gas, o las aguas, es que el aporte tecnológico-organizacional es relativamente limitado. Obviamente conocen su negocio, y han traído mejoras de eficiencia que se han trasladado o no a la comunidad en la medida en que los marcos regulatorios lo plantean; pero son negocios muy peculiares. Podemos ver inversión en infraestructura del tipo de la que se hizo a principios de siglo, bajo una nueva fase, al fin del siglo. Parecía que pasadas las privatizaciones, en el '93, no había mucho más que plantearse.

Sin embargo, desde el '93 en adelante hay una ola de inversiones muy grande, más allá de las privatizaciones, más allá de la expansión de las empresas privatizadas, y que se empieza a observar claramente en la compra

de empresas locales por parte de inversores internacionales, sobre todo en el sector de alimentos, un sector que estaba fundamentalmente en manos de empresas de capitales nacionales, que deciden vender sus activos a inversores internacionales y así se produce un gran cambio de manos. En el Brasil se produce el mismo desplazamiento, sólo que comienza dos años después. El sector de alimentos y bebidas está cambiando su configuración en ambos países, y esto se podría extender a todos los productos de marca, que con los planes de convertibilidad en Argentina y del real en Brasil, han aumentado el consumo, y los inversores internacionales tienen un paquete de activos y redes de comercialización como para entrar en ese tipo de actividades; no quieren esperar a montar nuevas empresas, sino compran las existentes. Es un sector que tiene un dinamismo importante y que se ha expandido muchísimo.

Esto resulta muy importante en la Argentina, incluso en la actividad primaria; no es casual que el mayor terrateniente hoy sea Soros y no la tradicional oligarquía terrateniente.

En ese tipo de sectores en Argentina y Brasil, el Mercosur tiene poca importancia. Los inversores vienen a estos países en busca de un mercado interno de productos de clase media y baja; productos de consumo de poco valor unitario y donde las transnacionales tienen toda la parafernalia del *marketing* moderno.

El Mercosur tiene poco peso en esto, porque se trata fundamentalmente de abastecer el mercado argentino o el mercado del Brasil. En estos mercados, la satisfacción de ciertos gustos locales pesa mucho y todavía no se generan especializaciones entre las filiales brasileñas y argentinas de estos mismos grupos; incluso empresas establecidas desde hace muchos años, como Nestlé, no cambian demasiado sus especializaciones en función del Mercosur; exportan algo, pero no es lo principal, y esos rasgos se pueden extender a toda la gama del consumo.

Éste es un dato importante para estimar cuánto se puede esperar de los flujos del comercio, y cómo las empresas de la alimentación se basan, además, en productos poco elaborados.

En el caso argentino, y con muchísimo más vigor en el brasileño, el sector automotor al cual se dirigió un enorme flujo de inversión extranjera, y no casualmente, es el único donde hay una política industrial concertada. Es decir, que en el sector más exitoso no se aplican las reglas del juego de la apertura, sino las de un intento de negociar un mercado de dos millones de autos, aprovechando el interés de las empresas transnacionales en esta área. Existe una serie de problemas en cómo se implementaron este tipo de regímenes, pero desde el punto de vista de la inversión extranjera hay ciertos elementos significativos.

Lo que sostiene la teoría económica acerca de las ventajas de un mercado ampliado, en términos de promover patrones de especialización entre subsidiarias, se está empezando a dar en la industria automotriz. No es lo que a uno le habría gustado, pero es más de lo que plantearían los que promueven el libre comercio, en el sentido de que las dos industrias automotrices que

fundamentalmente eran de capital extranjero crecieron en ambos países a espaldas una de la otra. Hay menos contacto entre San Pablo, Córdoba y Buenos Aires que entre San Pablo y Detroit o entre Buenos Aires y París. Había muy poca especialización entre estas industrias.

En los últimos años —aunque hubo algunas iniciativas en los '80 se nota muy fuertemente desde el '94 en adelante— comienza a diseñarse un tipo de industria automotriz con especializaciones entre subsidiarias. Una industria muy vieja, muy atrasada, se está transformando a pasos agigantados. Éste es un fenómeno muy importante.

En el caso argentino, donde esto pasa en menor escala, y con menor intensidad que en el Brasil, uno de los fenómenos interesantes es cómo la nueva configuración de este mercado ampliado ha hecho perder peso relativo a la burguesía nacional. Las dos empresas de capital nacional, que por las circunstancias de la crisis de los '80, lideraban el sector (la de Macri y la planta argentina de Renault) terminan por vender a sus socios transnacionales su participación. Hicieron un pingüe negocio, pero se dieron cuenta que en un mercado ampliado, claramente el negocio es para las transnacionales. Y la entrada de la Fiat, la Renault, las estadounidenses y las japonesas (siempre en menor magnitud) están redefiniendo el espacio de una industria automotriz menos absurda; lo cual no significa que sea más viable, pero por lo menos se empieza a hablar de una lógica productiva de fin de siglo, y no de la que teníamos de los años '50 y '60.

Es muy interesante lo que está pasando, aunque uno se pregunta cuál es el impacto en términos de eslabonamientos, de desarrollo de proveedores, de cultura. Si uno compara el impacto que tuvo el desarrollo de la industria automotriz de los '50 y los '60 en Brasil y Argentina, tal vez el impacto "desarrollista" sea más limitado ahora. Pero por lejos es el sector más importante, y ha llevado a la paradoja de que la composición de la balanza comercial argentina ha cambiado notablemente. Nosotros producimos autos para exportar gracias a este arreglo, que era inimaginable ya que no se había exportado un auto durante los '80, sólo algunas autopartes, y se ha desarrollado un comercio de complementación en la buena dirección. Sobre esa buena dirección, concuerdo con Bekerman, en que con una política mucho más activa de los gobiernos, las externalidades serían mayores de lo que son, pero me parece que es el único sector donde las empresas transnacionales están desarrollando algo de la parte más positiva que tiene su acción, y lo que falta es la parte local y habría que preguntarse qué papel desempeña el empresario local.

Mientras que en el Brasil la adquisición por parte de una empresa alemana —que era uno de los ejemplos de una empresa tecnológicamente avanzada en América Latina— de la mejor empresa de autopartes produjo un *shock* en la opinión pública, en Argentina, la masiva compra de empresas nacionales no despierta ningún pesar entre la opinión pública; ni entre los empresarios, que están muy contentos con la plata que han ganado.

Esto también nos lleva a reflexionar sobre el rol que tienen los em-

presarios nacionales en este nuevo modelo. Tal vez sea un proceso de destrucción creadora.

Dentro de la política económica de Brasil y Argentina, creo que no tendría sentido una restricción a la entrada de las transnacionales como en el pasado. Mucho mejor es que vengan, y una vez que están dentro se pueden hacer muchas cosas, y no como en el pasado que se trataba de impedirles la entrada en nombre de objetivos estratégicos, que quizá en su momento tuvieron algún sentido, que ahora parece difícil encontrar. Esta es una política más difícil que regular si entran o no entran, o si pueden o no girar dividendos, ya que en este contexto el capital fluye tanto en las transnacionales como en las nacionales. En ese sentido, las discusiones de los '60 y '70 están totalmente obsoletas.

Considero que hay más posibilidades, una vez que están adentro, de aprovechar un juego de externalidades, que no es muy distinto al debate que se da en Estados Unidos con respecto a las inversiones japonesas en ese país; o la discusión en Europa de cómo lograr inversiones de mejor calidad. Aquí vienen, y eso es mejor que la deuda. Me parece ridículo, en ese sentido darles incentivos, como hacen en Brasil. Los incentivos tienen que darse para entrenar mano de obra, entrenar proveedores, pero no para que el estado subvencione a los que vengan, porque los capitales vendrían de todas maneras. Los incentivos hay que manejarlos mucho más en relación con las externalidades que con las internalidades.

*Roberto Lavagna**

El punto central que quisiera desarrollar es el siguiente: la limitación que la globalización impone, tiene más que ver en el caso de América Latina y de la Argentina en particular, con la incompreensión y la relación casi perversa que se tiene con el tema de la globalización, que con los efectos reales de la globalización misma.

Cuando uno estudia la relación que tiene la dirigencia política, empresaria, sindical y hasta una parte del mundo académico con la globalización, se encuentra con una actitud que —siendo diplomático— definiría como ambigua y siendo más crudo, como incongruente.

¿Por qué? Porque sostienen al mismo tiempo dos argumentos que son contradictorios. Por un lado, afirman que el efecto de la globalización es tan fuerte, la lógica de los mercados financieros es tan marcada, que impone límites absolutos y deja un campo muy estrecho para que los países puedan formular su política económica. Y no sólo lo dicen, sino que aplauden cuando esto se dice desde afuera. Hace apenas dos meses hubo un evento político-empresario como lo es la convención de bancos de la Argentina, donde Dale

* Ecolatina. Universidad de Buenos Aires.

Davidson, de Estados Unidos, dijo: "los mercados van a controlar a los gobiernos más que los electorados, y esto va a ser una ventaja respecto a lo que ha ocurrido en la época industrial".

Es decir, están absolutamente convencidos de que no hay margen de maniobra para formular una política económica y que esto es bueno. No se puede hacer prácticamente nada que no forme parte de lo que los amigos franceses suelen llamar el "pensamiento único". Uno debe hacer exactamente lo que ese pensamiento dice y, si no, será castigado duramente por los mercados.

Al mismo tiempo que dicen eso, el mismo grupo de personas sostiene que todos los éxitos en materia de economía tienen que ver con la calidad del liderazgo político local, con la inteligencia y sabiduría de los economistas que formularon la política económica interna, y que tiene que ver con el espíritu empresarial que demuestra el sector de los empresarios del país.

Son esas cualidades las que estarían detrás de la estabilización de precios; del ingreso de inversiones importantes, particularmente en los sectores privatizados y desregulados por el estado, de la facilidad con que se financia el déficit fiscal; o con que se llega a un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, sin grandes restricciones; o con la posibilidad de cubrir las brechas que se presentan en el sector externo de la economía. Aquí reside la incongruencia: afirman simultáneamente que el impacto de la globalización es tal, y la capacidad de los gobiernos nacionales es tan nula, que lo único que queda por hacer es una adaptación pasiva a los datos que vienen del exterior y, por otro lado, se atribuyen todos los efectos positivos que ha habido en la economía de América Latina, sobre todo si uno compara la década del '90 con la "década perdida" del '80.

Nadie parece estar interesado en señalar el papel que la hiper-liquidez internacional desempeña en todo este proceso; la disponibilidad única de fondos que existe en el mundo. Habría que ir cien años para atrás, a fines del siglo pasado o principios de este siglo, para encontrar una situación de liquidez internacional equivalente.

De manera tal que el mensaje que esos sectores transmiten es: todo lo que es malo, lo limitante, es culpa de la globalización; todo lo que es bueno es endógeno, tiene que ver con la conducción local.

El ejemplo más concreto es el caso de la Argentina es la recesión del año '95. Afirman que la recesión fue culpa del "tequila", y que no tuvo que ver con el déficit en cuenta corriente que la Argentina había acumulado, con más la evolución de la deuda externa. En cambio, el manejo financiero que se hace durante la crisis, que evita la fuga masiva de recursos del sistema bancario y su quiebra, se debería a las habilidades locales.

¿Qué relevancia tiene discutir si la relación que los sectores dirigentes tienen con la globalización es tal como la estoy planteando u otra? Aceptemos por un momento que es cierto lo que estoy diciendo.

La relevancia radica en que si tenemos frente al fenómeno de la globalización una relación de esta naturaleza, estamos cayendo en un punto que

termina convirtiéndose en la fuente de grandes errores en materia de política económica.

Voy a dar dos ejemplos vinculados a situaciones críticas y otros dos que tienen que ver con los éxitos que se han obtenido, válidos para Argentina y en buena medida para América Latina.

Cuestiones críticas

1°. El tema de desempleo y de la distribución regresiva del ingreso respecto de los sectores medios y de ingresos bajos de la sociedad. El argumento es que esos son efectos exógenos, la globalización hace que haya desocupación en todo el mundo. Tiene que ver con un proceso en el que el crecimiento se está acelerando, la aceleración del crecimiento siempre produce concentración, y en algún momento —sostienen— llegará el beneficio para el resto de la sociedad. El famoso *trickle down* de la era Reagan-Thatcher.

Como ése es el diagnóstico, nadie se preocupa demasiado de cómo corregir políticas internas que por subsidios ocultos o explícitos, favorecen un proceso de concentración, ya no sólo del ingreso y de la riqueza, sino de las *oportunidades* de negocios. Cuando esto sucede, automáticamente se discrimina a la pequeña y mediana empresa, y ello genera automáticamente una situación de desempleo. Como esto se atribuye sólo a efectos externos, no se desarrollan políticas que tengan que ver con la relación empleo-Pymes y la distribución territorial del empleo.

2°. Algo similar se podría afirmar respecto de los desequilibrios regionales que se extienden a toda América Latina. Se dice que hay provincias inviables, que no hay nada que se puede hacer. Ante esta afirmación no se explora dónde han ido los subsidios que han sido tan importantes en esta década de los '90 como en años anteriores. Sin embargo, cuando se examina la situación se ve que ha sido el sector de servicios, el sector de los no transables de la economía, el que recibió estos subsidios. Este sector, por lo menos en el caso de la economía argentina, está fuertemente concentrado en Buenos Aires y, en consecuencia, esto aumenta el desequilibrio regional. En esto, la globalización no tiene mucho que ver.

Cuestiones ligadas a los éxitos

3°. Dos datos más sobre los errores de interpretación. En primer lugar, respecto al ingreso de capitales. El ingreso de capitales, dice la versión dominante, se ha logrado en función de las reformas estructurales, de las privatizaciones, la estabilidad, etcétera. Esto resulta muy atractivo, pero tiene poco que ver con las pruebas que otorga la experiencia.

¿Cómo explicarían que en los años 1992-1993, con el Brasil en medio de una situación hiperinflacionaria, en medio de una crisis política fenomenal,

incluyendo un *impeachment* presidencial, entraron más capitales allí que en la Argentina, donde había una situación de estabilidad económica y política?

¿Cómo explicarían que a un año del "tequila" reaparece el crédito voluntario para México, cuando la crisis de 1982 le llevó a América Latina casi diez años para volver a los circuitos de crédito "voluntario"? México hace incluso devolución adelantada de algunos de los créditos que se le habían dado, obviamente tomando nuevos créditos.

A nadie le parece importante que la liquidez internacional, en términos reales, en moneda duras, haya subido desde el '90 hasta ahora más del 20%. Y no sólo esto, sino que además, por las innovaciones tecnológicas del mundo financiero, esa masa de dinero circule a una velocidad mucho mayor agregando un impacto sobre la liquidez y facilitando todos los procesos de financiación. Por otro lado, la caída de demanda de fondos en el mundo desarrollado ha llevado las tasas de interés a niveles muy bajos, lo cual impulsa a buscar colocaciones alternativas.

En consecuencia, a nadie de este grupo de personas que constituye la corriente dominante en la prensa, se le ocurre pensar que las reformas estructurales que se han hecho en América Latina, y que han ayudado al proceso de estabilización y al ingreso de capitales, tienen más que ver con la liquidez internacional, que es excepcional, que con las reformas que se han hecho. Es la liquidez la que hace factible las reformas y no las reformas internas las que generan ingreso de capitales.

Si creemos que lo que importa son las reformas, lo que se tiene que asegurar es que las reformas avancen y se profundicen, y en tanto esto se lleve adelante los capitales tendrían que seguir llegando. Habría certeza plena. Siguiendo este punto de vista, no habría ninguna razón para hacer lo que algunos países han hecho, esto es controlar el ingreso de capitales de corto plazo. Éste es el caso de Colombia, de Chile y del Brasil; México y Argentina sostuvieron una política contraria. No por casualidad estos dos últimos países sufrieron más agudamente la crisis en América Latina durante los años 1995-1996.

4°. El último ejemplo es el que tiene que ver con la mejora fiscal y la estabilidad. Hemos vivido una situación de relativo equilibrio fiscal, sobre todo si la comparamos con la de la década anterior. ¿Este equilibrio fiscal tiene que ver con lo hábiles que somos o con las privatizaciones, o al revés es inducido por aumento del financiamiento fácil de los desequilibrios primarios, con el consiguiente aumento de la deuda?

Si creemos que tiene que ver con la habilidad propia, este argumento es sostenible. Si advertimos, en cambio, que este fenómeno se ha dado vinculado con una fuerte caída de los activos del estado, con un fuerte aumento de la deuda externa y con un impacto de los intereses de la deuda externa menor que en la década anterior, porque el costo del dinero ha bajado internacionalmente, entonces es válido preguntarse: ¿cuán sustentable es este equilibrio fiscal en el tiempo, con las políticas actuales?

Cuando se adopta esta actitud de decir que la globalización es la responsable de los factores condicionantes, y la habilidad interna la responsable de todos los éxitos, terminan cometándose errores de acción y de omisión en materia de política económica.

Se omite hacer políticas que podrían instrumentarse en materia de empleo, de Pymes o de equilibrio regional, acciones que en nada serían afectadas o resultarían contradictorias con el fenómeno de la globalización. Hoy esto no se hace porque se afirma que las condiciones externas lo impiden.

A la vez se cometen errores de acción; el más claro es el de creer que todas estas políticas que han resultado exitosas son sustentables en el tiempo, independientemente de lo que pase en los mercados financieros externos. En realidad, no son sustentables sino en condiciones absolutamente excepcionales de liquidez internacional.

Este es un fenómeno que yo llamaría de *arrogancia dócil* y se aplica particularmente para los gobernantes de México y Argentina. De arrogancia, porque pretenden que los éxitos tienen que ver con los procesos que han conducido. Y dóciles, porque en infinidad de casos optan por decir dócilmente que las condiciones internacionales imponen restricciones que no se pueden traspasar y se ocultan detrás de ellas para no actuar. Así terminan convirtiendo al estado-nación en una especie de estado-municipio, que maneja algunos pequeños instrumentos, pero muy pocos.

En síntesis, ésa es la diferencia que hay entre el enfoque dominante en algunos países de América Latina, particularmente en el caso de Argentina y México, y un enfoque que relativiza el análisis y que admite que la globalización impone límites, pero que también el estado-nación cuenta con márgenes para una *adaptación activa*. Esos márgenes son aun mayores cuando se han hecho acuerdos regionales que mejoran su poder de maniobra, como es el caso de la Argentina en el Mercosur.

La diferencia entre la adaptación absolutamente pasiva y una adaptación activa al fenómeno de la globalización se refleja en los costos y beneficios para el país y para sus habitantes.

*Jaime Marques Pereyra**

Me parece que la experiencia europea de integración regional está llevando a un debate económico que comienza a quebrar el delirio de la corriente dominante. Y está mostrando que hay alternativas de política económica que son viables desde el punto de vista de la eficiencia económica y políticamente sustentables.

En ese sentido, me gustaría pensar la relación entre integración regional y política económica en un contexto de globalización económica, donde se

* Université Paris III - GREITD.

piensa que todo lo malo viene de lo externo, y esto implica no pensar cómo plantear una política interna que pueda evitar lo malo.

Este problema de lo malo está concentrado principalmente en torno a la crisis del trabajo. Me gustaría desarrollar cómo se puede pensar esa relación entre el trabajo, la globalización económica y la integración regional. Esto significa tomar una cierta distancia respecto de lo que está ocurriendo y de lo que podría ocurrir en términos económicos y políticos.

Si hay determinados modelos que se impusieron a partir de un cierto discurso económico que se expresa en el discurso político, no quiere decir que éstos sean los únicos modelos posibles. La cuestión de la integración regional requiere un estudio importante. Tal vez es una cuestión que no está tan presente en América Latina con relación a cómo está perfilándose en Europa; la integración regional aparece en Europa como un proceso histórico por el cual se puede asistir a una consolidación del consenso neoliberal y a determinadas políticas de adaptación al nuevo contexto internacional, que llevan a una crisis del trabajo y terminan legitimándose dentro de esos procesos de integración regional.

Al mismo tiempo, estos procesos pueden tomar otra trayectoria, y presentarse como una alternativa a las políticas neoliberales. Esto ocurre en la cabeza de los economistas que se oponen a las políticas dominantes. Hay una contradicción fundamental que no está resuelta en el proceso de globalización económica, que permite pensar la integración regional en esta doble perspectiva, en un juego histórico que no está definido. Esta contradicción se da entre el proceso de credibilidad monetaria, y el proceso de legitimidad política; frente a unas finanzas internacionales desreguladas, la credibilidad de una moneda frente a otras, en un juego de competición de monedas, está sometida hoy a mercados financieros. La credibilidad de una moneda en un contexto internacional está cada vez menos conectada a los procesos de legitimidad política. Antes, la credibilidad de una moneda se basaba en un juego de relaciones internacionales establecido sobre el gasto y recetas públicas que permitían una estabilidad con una inflación controlada que llegara al pleno empleo. La política monetaria que se decidía y los acuerdos internacionales a partir del sistema de Bretton Woods permitían una forma de crecimiento económico de pleno empleo. Esto ha sido desmontado con la desregulación financiera y hoy los gobiernos nacionales se encuentran sin márgenes de maniobra y la política monetaria queda sometida a los mercados financieros.

Esto es una contradicción, porque la moneda no deja de ser un elemento de soberanía política. Esta contradicción aparece muy claramente en la Unión Europea. Empujando la lógica hasta el final, las elites gubernamentales juntamente con las económicas concibieron un proyecto de banco central europeo completamente autónomo de un poder público, tanto es así que no existe ese poder público frente al banco central europeo. Tendríamos que imaginar un proceso de unificación política que permitiera una coordinación de políticas macroeconómicas frente a la gestión de la moneda. Para ello hay que tener una voluntad política de alcance supranacional, pero este aspecto ni se plantea hoy, por cuestiones vinculadas a la ideología dominante.

Es oportuno recordar que este aspecto estaba dentro de los acuerdos originales para establecer una moneda única, y que se fue perdiendo a medida que se fue haciendo la negociación internacional intraeuropea. Está claro que esto plantea grandes problemas en Europa, porque a partir de que se decidieron los criterios de Maastricht se profundizó una desregulación financiera con consecuencias perversas.

La pérdida de soberanía monetaria implica un ajuste económico que lleva a una reducción del precio del trabajo, para enfrentar el aumento del costo del capital, y el desempleo estructural.

Esa secuencia de políticas económicas en Europa fue acelerada por el proyecto de construcción de la moneda única. A partir de que éste se implantara, los gobiernos no tenían cómo escapar de esta lógica y esto está acarreado conflictos en la legitimidad política, como los que se notaron en las últimas elecciones en Francia e Inglaterra.

Este proyecto de desconectar totalmente la credibilidad de la moneda de la legitimidad política, producto de una concepción de la integración regional, no está exento de contradicciones y deja un espacio para concebir la posibilidad política de alternativas. Cuando comienzan a producirse estos problemas de legitimidad política, aparece como muy importante el debate de los economistas. Observamos que junto con estos conflictos comienza a transformarse el debate.

Hoy en día da la impresión que sólo se cree en el argumento de que con una liberalización económica que vaya hasta el fin se podría llegar a un equilibrio de pleno empleo producido por las fuerzas del mercado. Lo que se impuso es la tesis de que la globalización económica y la tercera revolución industrial tienen que producir forzosamente un desempleo industrial y una precarización del trabajo. Ésta sería una fatalidad económica a la que no se puede escapar, y para evitar la desintegración social sería necesario una política social, desarrollar el tercer sector y que el estado se concentre en funciones sociales básicas, dejando al mercado el cuidado de validar la política monetaria.

Frente a esa tesis se comienza a fortalecer una tesis alternativa que plantea que dentro de la crisis del trabajo está incluida una crisis de demanda. Es normal que los capitalistas no inviertan más porque no hay perspectivas de un aumento del consumo y esto es lógico en función del aumento del desempleo y de la distribución del ingreso, que es cada vez más desigual. Esto va de la mano del proceso de financiarización del capital, donde los capitales tienen más interés en colocarse en las finanzas que en la producción, cerrándose así el círculo vicioso.

Así podemos observar, desde un punto de vista económico, que se puede concebir la vuelta a un círculo virtuoso de tipo keynesiano, pero éste es un problema de poder financiero en relación con estructuras de poder económico del capital productivo y remite a decisiones de política económica. Esto hace pensar en la posibilidad de una política económica en términos de reducción del tiempo de trabajo con el objeto de revertir el proceso de concentración del ingreso, permitiendo de ese modo un crecimiento que cree empleo.

Pero la variable monetaria entra en juego y ahí se torna decisivo el tipo de integración regional. Porque no se puede concebir recuperar poder en materia de política monetaria en el ámbito supranacional.

Es una cuestión compleja, pero es la relación que se da entre las inversiones productivas, las inversiones financieras, las decisiones de política monetaria y de política económica, junto con los otros instrumentos lo que va a incidir en la regulación macroeconómica, así como en la política industrial y las políticas sociales, en donde incide especialmente la financiarización, ya que se abre en el caso de las jubilaciones un mercado enorme para los capitales y también es un campo de concentración de la riqueza nacional, a través del salario indirecto. Manejando el reparto del ingreso, e introduciendo una normativa del trabajo que permita un traslado de la productividad al salario, se puede concebir una política económica de crecimiento con disminución del desempleo. Eso pasa por la recuperación de la política monetaria, y plantea una integración regional en donde varias monedas se unen para recuperar soberanía. Pero crea un problema de poder político.

Este proceso ilumina algunas cuestiones sobre la integración regional en América Latina, sobre todo si tenemos en cuenta la gran diferencia respecto al tipo de integración regional que propone el Nafta, que es ante todo una reorientación de una estructura económica para un régimen de subcontratación internacional, que implica una reducción del dinamismo del mercado interno. En cambio, el proceso que se implantó a partir de la política externa brasileña y que desembocó en la conformación del Mercosur, es una perspectiva de crecimiento a partir del desarrollo del mercado interno. En el momento actual, con las políticas macroeconómicas que se llevan a cabo y que convalidan esa pérdida de soberanía monetaria frente a los mercados extranjeros y producen una tendencia a la concentración del ingreso, podemos concebir una sustentabilidad de crecimiento basada en un nuevo patrón de concentración del ingreso.

Aunque todavía no esté probado empíricamente, me parece que el Brasil muestra esa posibilidad, un patrón de crecimiento que se sustenta en un 30% o 40% de la población activa que va aumentando su ingreso. La cuestión es saber si los aumentos de rentabilidad se pueden sostener en el tiempo, permitir esa redistribución hacia la parte más alta de la oligarquía y mantener un ritmo suficiente para reducir el desequilibrio comercial, ya que tendría que ganar competitividad rápidamente para disminuir las importaciones y reequilibrar la balanza comercial.

El Mercosur puede ser un simple límite para la acumulación del capital productivo que produce la financiarización, ampliando mercados, con economías de escalas, con economías de complementariedad del sistema productivo. Pero hay una contradicción básica entre una perspectiva de integración de un sistema productivo y una política económica que sustenta un mercado interno que se va ampliando en los sectores altos, pero que permite seguir en una economía abierta con lo que se hizo antes en una economía cerrada.

Pero también podemos concebir una integración regional basada en una distribución del ingreso mucho más equitativa. En este sentido, vale resaltar que hay una potencialidad de crecimiento en América Latina mucho mayor que en los países desarrollados. Un conjunto económico como el Mercosur, sobre todo si se extiende a otros países, tiene a su disposición una reserva de mercado interno, a partir de un proceso de ensanche formidable de la relación salarial que ya no existe en los países desarrollados.

Para que se pueda verificar, debería haber una tasa de crecimiento más rápida que el aumento de la productividad y eso permitiría una distribución del ingreso que permita al mismo tiempo un aumento de la ganancia productiva y del salario.

Para esto hay dos obstáculos políticos: uno en términos de que se determinen prioritariamente políticas de valorización financiera en relación con la valorización productiva, y otro es la renuncia del estado a hacer respetar las normativas laborales de modo que los aumentos de productividad, que son enormes, se trasladen también a nuevos sectores productivos sin concentrarse solamente en los sectores de punta, como el automotriz.

Estos dos obstáculos dependen de la manera en cómo actúan las fuerzas sociales. Ahí vuelve a primer plano el tema de la legitimidad política, que es clave en el Mercosur, pero que todavía deja horizontes posibles. El Brasil tiene en ello un polvorín, porque después de quince años de democratización la estructuración de la sociedad civil politiza la cuestión social, y no es obvio que la legitimidad política asentada en el freno a la inflación y los efectos productivos provisorios se pueden sostener.

El punto fundamental es saber si en el debate político se plantean alternativas económicas posibles. Eso no ocurre en el proceso que se dio últimamente en el Brasil. En el momento de la instauración del Plan Real, la oposición no tenía un programa económico alternativo porque los economistas no lo habían formulado, y tampoco ahora. En este sentido, el debate que se debe dar en el campo académico es fundamental y es lo que parece faltar, como posibilidad para llevar adelante una alternativa.

*Pierre Salama**

Voy a tratar un tema complicado, pero obvio. Los mercados financieros están funcionando perfectamente, salvo en Asia y hace algunos años en México. Pero en conjunto, la capitalización se ha multiplicado por diez, lo que es gigantesco, en diez años y de ahí que muchos economistas hayan pensado que hay que hablar del crecimiento de las finanzas junto con el crecimiento económico en sí mismo. Argumentan que este crecimiento de los mercados financieros es muy bueno para el crecimiento económico. Claro que hay que

* Université Paris XIII - GREITD.

tener cuidado, hay que conservar cierto control, por ejemplo, cuando la volatilidad de los mercados se hace muy elevada. Si la liquidez aumenta, y si la actividad bursátil funciona bien, la relación de esa actividad bursátil con el crecimiento, es positiva. El problema es que muchas veces se observa que la expansión financiera no tiene mucho que ver con la expansión productiva; pareciera que esa expansión financiera casi funciona por sí misma.

Observando lo que ocurre desde hace algunos años se ve que la expansión de los mercados financieros se opone a la evolución de los ingresos del trabajo y que esta relación es diferente de aquellas que habían sido propuestas. Lo que se ha demostrado es que hay relaciones complejas entre la expansión de los mercados financieros y el funcionamiento del mercado de trabajo.

Estoy lejos de afirmar que la flexibilización laboral deviene de la expansión de los mercados financieros, hay restricciones vinculadas con el progreso técnico. Pero me parece que es un equívoco separar lo que pasa en el mercado financiero de lo que pasa en el mundo del trabajo, no tratar de establecer relaciones entre ambos.

Lo que quiero mostrar en un primer momento es la amplitud de la globalización, y en un segundo momento sus relaciones posibles con el mundo del trabajo.

En relación con las entradas de capitales hay algunas cifras esenciales: durante la década perdida las entradas de capitales eran de doce a trece mil millones de dólares por año para el conjunto de los países en vías de desarrollo. El año pasado fueron de 150 mil millones de dólares, es decir, aumentó más de diez veces. Es interesante ver estas entradas desagregadas: en algunos conjuntos geográficos se concentran las inversiones directas, y en otros las inversiones de portafolio con una parte fuertemente especulativa de corto plazo.

En Asia hay más inversión directa y también empréstitos bancarios, en América Latina sobre todo se dieron inversiones de portafolio, aunque en el Brasil hubo un aumento significativo de la inversión directa en estos últimos cinco años. Pero hoy en día todavía predominan las inversiones de portafolio aun en Brasil, concentrándose en el mercado bursátil. Con excepción de Venezuela, la capitalización bursátil aumentó por diez, con una volatilidad elevada, dos o tres veces superior a la existente en los Estados Unidos. En ciertos países latinoamericanos, la relación entre la capitalización bursátil y el PBI es ya semejante a la de los países desarrollados, lo que significa que ha habido una revolución en las bolsas de valores, por eso es que se los ha llamado "mercados emergentes" y también ésa es la razón de que haya algunos problemas. Es necesario relacionar lo que pasa en esos mercados con lo que sucede en otros horizontes.

Muchos economistas relacionan hoy la tasa de cambio con la variación en el precio de las acciones. Lo que ocurrió en Asia evidencia que la relación es muy nítida.

Pasemos ahora a ver la relación entre lo que ocurre en el mercado financiero y en el mercado del trabajo. En los países asiáticos también hubo un desarrollo muy pronunciado de los mercados financieros, pero este desa-

rrollo de las finanzas no se hizo en contra de la inversión. La tasa de inversión fue muy elevada, del 30% al 38%. La crisis asiática provino más de la fragilidad del sistema bancario y del régimen de acumulación; y los problemas que hay en relación con la flexibilidad del trabajo —lo que se observa claramente en el caso coreano— tienen que ver con la lógica misma del régimen de acumulación, que se halla interesado en mantener una competitividad que está perdiendo. Esto muestra que la búsqueda de flexibilidad del trabajo está más relacionada con las contradicciones del régimen de acumulación que con la financiarización.

En las economías latinoamericanas la situación es relativamente diferente: las tasas de acumulación son débiles, mejores que hace diez años, pero comparadas con las de los países asiáticos son menores.

De ahí que la tasa bruta de inversión sea apenas un 60% de la de los países del Sudeste Asiático, por lo que podemos hablar de debilidad de la inversión. Esta misma debilidad se verifica en Francia, en el mismo nivel. Esa debilidad de la inversión tiene claras consecuencias. Algunos economistas inventaron la palabra “financiarización” hace un tiempo, y aunque aún no ha sido incluida en un diccionario, es como con la globalización, el fenómeno existe antes de que la palabra sea reconocida en los diccionarios.

Financiarización significa que las empresas están arbitrando cada vez más en favor de las finanzas, porque les reporta muchas ganancias. Esto implica menos inversión en el sector productivo.

¿Qué pasó en Latinoamérica hace algunos años? Después de haber quedado sus industrias obsoletas hacia fines de los ochenta, estos países han abierto completamente sus economías, lo que ha significado que las empresas que querían sobrevivir tuvieron que hacer una revolución tecnológica. En esto hay una paradoja; se verifica un aumento muy importante de la productividad del trabajo, mucho más elevado que en las economías europeas, pues se asiste a un fenómeno de recuperación del atraso tecnológico, y las empresas que no pueden seguir este proceso desaparecen, lo que explica aquello que se llama en Brasil la desverticalización de la línea de producción, que implica una nueva forma de inserción en la división internacional del trabajo.

Frente a ese aumento importante de la productividad del trabajo, observamos un aumento limitado de la tasa de inversión, al mismo tiempo que los mercados financieros se desarrollan muy rápidamente. Esto explica porque en países como Brasil o Argentina se pierden empleos aun cuando sostengan un crecimiento elevado, algo que en la Argentina constituye un proceso extremo.

En Francia, el crecimiento de la productividad es relativamente débil, la tasa de inversión también y para crear empleos se necesita solamente una tasa de crecimiento del producto del 2,5% al 3%. En cambio, en América Latina, para crear empleos y disminuir la tasa de pobreza serían necesarias tasas de crecimiento de por lo menos 20% durante diez años.

Algo que no tiene sentido; es la lógica de un régimen de acumulación basado en una tasa de cambio dada a partir de un fuerte crecimiento de la productividad y una débil tasa de inversión. Así, se dan no sólo problemas

de empleo, sino también de precarización del empleo, y de nivel de salarios.

Es interesante relacionar el desarrollo del mercado financiero, por un lado; y la debilidad de la inversión productiva (en un contexto de restricciones externas), el aumento del desempleo y de la precariedad del trabajo y la baja del salario medio, por otro. Esa extorsión financiera implica una mayor flexibilidad del trabajo. Porque si se invierte poco, igual se necesita contar con dinero suficiente, lo que conlleva una utilización intensa del potencial aumento de la productividad, una reorganización del trabajo con una muy elevada precariedad y restricciones tan fuertes que conducen necesariamente a bajas salariales. Podemos llamar a eso flexibilidad, también se puede hablar de una flexibilidad de crisis. En la dinámica del nivel de los déficit actuales, la apertura y el mantenimiento de determinado tipo de cambio pueden llevar a una situación como la mexicana, a una flexibilidad de crisis, pues con la crisis hay menos empleo.

Frente a esta lógica infernal uno puede sentirse impresionado por la parálisis de los actores. Para hacer una referencia a sucesos recientes, parece que estamos en un automóvil conducido por un chofer borracho con las puertas bloqueadas, viendo cómo nos aproximamos a una pared contra la que nos vamos a estrellar.

Lo que trato de decir es que se trata de una situación complicada; los actores parecen paralizados como los gatos frente a las luces de los autos en las noches y esto es peligroso: los gatos son atropellados por esos autos que los encandilan.

Es necesaria una reflexión, porque debemos aprender de la crisis, es necesario prever, pensar cómo vamos a salir de la crisis, y no esperar entrar en ella para pensar cómo salir. Parecería que todos estuvieran esperando que la crisis llegue, como los gatos encandilados.